



# AULA Y AMBIENTE

REVISTA AMBIENTAL

Año 3 – Número 6 Julio-Diciembre de 2003

ISSN1317-7478



## La Educación. Espacio de Reencuentro del Hombre con la Naturaleza

Faviola Escobar de Murzi

LA PRESENTE REFLEXIÓN Obedece en primer lugar, al compromiso existencial de la autora consigo misma y con su país, y en segundo lugar, a inquietudes intelectuales surgidas del contexto profesional, el propósito es, visualizar espacios para reencontrarse y convivir con la naturaleza en lugar de creernos sus dueños, como ha sucedido en los últimos siglos.

El tema tiene que ver con la esencia misma del fenómeno educativo, mucho más que de los lugares comunes y de las aparentes manifestaciones "causales" de la crisis educacional. Se propugna un punto de partida para la discusión sobre educación y sobre el cuestionamiento educativo, el cual no sólo debe centrarse en el análisis y en la crítica de la forma cómo se educa, sino que debe centrarse en la toma de conciencia del ¿para qué se educa?, en el contexto actual venezolano, signado por la impronta del modelo de globalización que han impuesto los países más desarrollados del mundo.

El paradigma educacional venezolano toma cuerpo en los diseños curriculares de los distintos niveles y modalidades del sistema escolar en la tesis de preparar recursos humanos para el desarrollo del país. En la práctica los objetivos, fines y

propósitos del sistema escolar alejan y excluyen al niño/a y al joven del ambiente natural, gracias al "acervo cultural" de la industria del progreso que ha articulado con efecto de dominación, el modo capitalista de producción hoy día Globalizado.

Este mito impuesto a través del sistema escolar, contraviene la tesis planteada por Engels (1978) según la cual "el hombre mismo es un producto de la naturaleza, que se ha desarrollado junto a su medio" olvidando así, como lo plantea Marx (1848) que "la esencia humana de la naturaleza no existe más que para el hombre social y que, en consecuencia, la sociedad es, pues, la plena unidad esencial del hombre con la naturaleza".

Comparto la creencia de que la naturaleza misma puede volverse maestra del hombre cuando éste aprende a desentrañar cuidadosamente sus códigos con sabiduría, pues hay en ella ciertos ciclos de vida en que a algunas especies les es necesario retornar a sus propios orígenes, justamente en su período más fecundo, luego de superar con mucho esfuerzo, incalculables obstáculos, para engendrar allí, en la misma fuente donde vieron la luz del mundo, a la nueva progenie que habrá de sucederles,

pudiendo, en este acto creador, hallar sin embargo, la muerte.

¿Nos dice, acaso, la naturaleza que la misión del hombre es parecida, y que una forma de no morir es regresar siempre al origen?. Así lo intuyeron los filósofos, desde los presocráticos hasta los contemporáneos quienes visualizaron que en el alma hay un anhelo por retornar a la fuente.

Por su parte también la universidad, cuyos orígenes se extienden más allá de la edad media, construyó sus bases sobre una visión del hombre y su vinculación con la naturaleza, fuente de todo conocimiento, y vislumbró la importancia de indagar sobre el principio de todas las cosas. El saber no ha estado desligado de una vivencia de lo sagrado y sobre estos indicios se echaron las raíces de las actuales universidades, que ha más de dos siglos de haber sido erigidas, su decadencia en la visión del hombre, es evidente.

En este sentido, el deber fundamental y urgente de lo educativo es aprovechar la experiencia del pasado para preparar el futuro, ofreciendo a las nuevas generaciones una elevación intelectual y espiritual que les permita entrar en contacto con los grandes problemas de la existencia. Ese "aprovechar la experiencia del pasado" adquiere dimensiones enormes cuando se penetra en el verdadero sentido que para los antiguos griegos- padres de la cultura occidental -tenía la palabra Paideia

"La educación reproduce a la sociedad", decía Platón, y en su profético diálogo "La República" afirmaba que los males de la sociedad se deben a que cada hombre no ocupa el lugar que le corresponde por nacimiento y naturaleza. Muy acertadamente los griegos enfocaron la educación hacia el autoconocimiento de la propia afectividad. En la comprensión de

los problemas afectivos y en el reencuentro hombre-naturaleza, había para los griegos una doctrina de salvación, y en gran parte este era el objetivo perseguido en la relación Maestro-discípulo, entendida ésta como una relación amorosa. Los griegos entendieron que de la relación entre el hombre y el reino vegetal, se formaba un nuevo reino. Florez (1998) acertadamente compara que es así como el trigo, el maíz y la rosa son productos de esta relación amorosa, la cual a su vez hace crecer el alma del hombre, porque el cultivo de las plantas equivalía al cultivo del alma.

En las actuales circunstancias, hay que retomar que esta relación que une al educador con el discípulo debe necesariamente estar revestida de un carácter sagrado. El alma del hombre crece gracias a esta relación, porque es un hacer creativo que debiera conducir a la gestación de un estado de conciencia, es decir a la formación del hombre alerta, despierto a todos los planos de la realidad que conduciría a un mejoramiento espiritual.

La esperanza es que el formador oriente a que el alumno sea creador y se redescubra, y que sepa valorar sus propias raíces sin pisotear los valores más dignos del hombre, que se adentre en la búsqueda de sus valores espirituales, en la búsqueda de su pasado más glorioso con proyección al futuro.

Hoy por hoy, la educación ha alejado al niño/a, adolescentes y jóvenes de los valores esenciales, y, los educadores, tienen el reto de rescatar la verdadera trascendencia del hecho educativo para propiciar el encuentro del hombre consigo mismo y con sus orígenes. Por ello, es imperativo examinar el acto pedagógico hoy día, a la luz de las necesidades más

sublimes del hombre, las cuales se han visto obnubiladas por el pragmatismo tecnocientificista, por los adelantos de la informática y por todo lo que tiene que ver con la sociedad consumista a la que pertenecemos.

Sociedad que ha inducido e induce a destruir lo que nos proporciona vida para cambiarlo por lo que proporciona bienestar material. Desde las más tempranas edades los niños internalizan y construyen convicciones que para obtener algo que proporciona placer hay que maltratar y devastar, ( la experiencia de las fiestas infantiles y la destrucción de las piñatas).

Eso mismo se ha hecho con la naturaleza, destruir en segundos lo que la naturaleza tardó miles y hasta millones de años en construir. Se está frente a un desastre ecológico con un gran acento en el valor económico de los recursos naturales. El concepto de "bienestar" ha traspasado los límites de la abundancia material y del consumismo; tiene directa relación con la salud, la cultura y con el desarrollo integral.

Por otra parte, en los últimos años se ha desarrollado una importante corriente de pensamiento que hace una despiadada crítica al hombre como depredador de la naturaleza, pero es necesario tomar en cuenta las diversas fases del proceso histórico de la sociedad humana, si a través de la historia se considera las responsabilidades de las clases dominantes en la depredación de la naturaleza, se podría señalar con absoluta claridad que desde la primera revolución industrial el sistema capitalista ha provocado los desastres ecológicos más significativos de la historia.

Asumo, ciertamente, que en todos hay algo de responsabilidad en este deterioro, suscitado por el doble discurso social y

cultural, que pregona valores ecológicos y promueve en la práctica acciones agresivas al ambiente. Es imperativo asegurar que los niños/as, adolescentes y jóvenes no han sido educados ni formados para conservar el medio, por el contrario ese espacio educativo que los retiene durante 15 o 20 años en su seno, no ha cultivado la posibilidad de amar la naturaleza sino de aprovecharse de ella.

La idea de lo que debería ser la educación y la relación maestro-discípulo parte de la elevación del hombre por encima de las cosas materiales, consiste en la búsqueda de la verdad, y esa verdad no puede ser otra que el retorno a lo clásico, a lo esencial para develar los misterios del hombre y la naturaleza en su totalidad.

De modo que el concepto de naturaleza y la indisoluble relación entre naturaleza y sociedad humana, componentes inescindibles de esa totalidad que es el ambiente, constituye el punto teórico esencial para la discusión de un modelo educativo alternativo.

Por otra parte la presencia del signo postmoderno es un nuevo humus cultural que demanda, inexorablemente, un cambio, o mejor expresado, una transformación total de lo que se ha concebido hasta ahora, como lo educativo. No tengo en estos momentos efectos de demostración científica para ello, pero tengo la vivencia interior que es así.

Qué se requiere entonces ¿acaso una escuela postmoderna?. Pero ¿qué es una escuela postmoderna?. La respuesta, sin duda, es que una escuela postmoderna no es una escuela fundamentalista, asociada a cualquier idea educativa semejante a una secta, por muy patriota o revolucionaria que ella parezca. La escuela postmoderna es simplemente un espacio educativo de la

sociedad postmoderna. La imagen de ese espacio educativo debe permitir visualizar un repertorio de valores de paz, amor, verdad, no violencia y acción correcta. Un espacio donde niños/as adolescentes y jóvenes construyan allí una experiencia decisiva en sus vidas y esa experiencia, definitivamente puede y debe ser vivida de otra manera, totalmente diferente a lo que se construye hoy día en ese espacio escolar.

Un espacio educativo postmoderno es el trayecto de vida donde niños/as adolescentes y jóvenes adquieran y cultiven determinadas destrezas, desempeños específicos del cuerpo y de la palabra, dispositivos de seguridad para la convivencia ciudadana, valores que promuevan una sensibilidad para la vida en sociedad.

Ese espacio educativo necesita de educadores que tengan condiciones para desplegar el arte de comunicarse, de estimular y cultivar la sensibilidad, el arte de amar la naturaleza y sobre todo, el arte de reencontrarse.

La forma irracional de la interacción hombre-naturaleza ha provocado impactos graves y profundos que hoy desestabilizan el planeta, y no es el desarrollo científico-técnico por sí mismo el causante de los daños a la naturaleza, sino su empleo irracional por su principal componente: el HOMBRE. Y, es la EDUCACIÓN como parte de su vida la que debe propiciar ese encuentro.

#### REFERENCIAS

- Capriles, E (1994) *Individuo Sociedad Ecosistema. Ensayos sobre Filosofía, Política y Mística*. Universidad de Los Andes. Consejo de Publicaciones. Venezuela
- Marx, K (1968) *Manuscritos. Economía y Filosofía de 1848*. Madrid. Alianza Editorial
- Flores, C (1988) *Las Áreas de Amortiguación. Un enfoque planetario*. Ponencia presentada En el 1er Encuentro Internacional por la Paz el desarme y la Vida. Mérida.